

Zumbidos lejanos

Por Mariot Moya Torres

Era un día tranquilo, soleado y apacible. Me encontraba retozando felizmente junto con mi hermano cuando se nos ocurrió jugar una partida de ping-pong. Sacamos la mesa de juego y la movimos a la sombra de unos helechos, adentrándonos en las plantas selváticas cercanas a la casa.

El juego comenzó tranquilamente; la pelota iba y venía de un lado a otro de la mesa, mientras mi hermano y yo nos las apañábamos para contestar los mutuos ataques. Todo iba de maravilla, sin embargo, escuché un zumbido extraño. Decidí ignorarlo y seguir con el juego sin darle más importancia, hasta que sentí un dolor atroz en la mano izquierda que me atravesó como un relámpago; algo me había picado.

A continuación, todo sucedió tan rápido que no pude reaccionar. Reparé en un pequeño panal que estaba en una planta cercana, al tiempo que un enjambre de avispas salía de él y se arremolinaba a mi alrededor, envolviéndome y cerniéndose sobre mí como una nube mortal. Entonces, paralizada por el pánico y el dolor, observé horrorizada cómo sucedía lo imposible: conforme los bichos se alimentaban de mi sangre con cada picadura, empezaron a deformarse y a crecer hasta alcanzar un tamaño humano.

En medio del caos, un monstruo se volvió y me miró de forma desquiciada con sus grandes ojos multicolor.

Extendió sus patas con afiladas cuchillas y me atrapó, arrancándome un grito de dolor. Entonces, enloquecido con el olor de mi sangre, que le chorreaba de la mandíbula, alzó el vuelo llevándome consigo.

Me palpitaba el cuerpo entero. Mientras volábamos hacia quién sabía dónde, observé atentamente a mis captores (pues a estas alturas ya nos seguía toda la colmena) y advertí, sorprendida, extrañas características en sus cuerpos. Recordé vagamente un artículo que había leído sobre un experimento en el que combinaban los genes de las especies *Culicidae* (mosquitos) e *Hymenoptera* (avispa), en un intento por contrarrestar la transmisión de enfermedades por mosquitos con una cualidad encontrada en el veneno de las avispas. En ese momento a mi monstruoso chofer personal le dio por dar una sacudida, y con un último grito de dolor perdí el conocimiento y todo se oscureció.

Me desperté tirada, gruñendo por el escozor. El veneno de las alimañas se había esparcido por mi cuerpo, y al observarme los brazos, vi que los tenía rojos y llenos de unos asquerosos bultos que sobresalían de mi piel. Eran ampollas, pero no de esas normales que te salen cuando te lastimas. Estas estaban calientes, eran viscosas y me palpitaban de forma extraña.



Zumbidos lejanos

Miré a mi alrededor y distinguí a más personas, con peor aspecto que yo, pegadas a las paredes de lo que figuraba era una colmena con una sustancia peligrosamente parecida a la saliva de avispa. Agonizaban mientras las ampollas de sus brazos (más grandes y desarrolladas que las mías) se reventaban liberando avispas pequeñas (como las que me habían picado en un principio) junto con un líquido rojo que parecía una mezcla de veneno, sangre y pus.

Estas personas, que llenaban toda la cámara, eran alimentadas esporádicamente con miel por las avispas. Al parecer, la sustancia tenía efecto sanador que mantenía a la gente en buen estado, para que siguiera gestando a los bichos más pequeños. Si no hacía algo pronto, terminaría como ellos.

Tenía que planear algo rápido, pero nada me venía a la cabeza. Por suerte, las avispas aún no me habían añadido a su colección, aunque sospechaba que no tardarían en hacerlo. Con un esfuerzo y un dolor terrible, me levanté en el compartimento del panal en el que me habían metido, un pequeño tubo de forma hexagonal con paredes viscosas de color naranja que se perdían en la oscuridad. Miré a mi alrededor buscando una vía de escape, y mientras recorría las hileras de víctimas, reparé en un par de figuras inertes al fondo, lo que parecían ser cadáveres vestidos con batas blancas de laboratorio. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo; “Los científicos” pensé con horror. Claramente, el experimento se les había salido de las manos.

Me volví al oír un crujido detrás de mí. Una de las criaturas surgió de la oscuridad y se me acercó. Se retorció y abrió sus fauces, pero de ellas emergió la voz de mi tío: “Tranquila”, dijo la avispa, “no pasa nada”.

Abrí los ojos sobresaltada. Me encontraba en una camilla, me estaban canalizando suero por vía intravenosa. Toda la familia estaba ahí, y distinguí a mi hermano contando lo que pasó en el juego de ping-pong. Mi tío me dijo que había un nido de avispas cerca de donde estábamos jugando, me habían picado horriblemente y por eso me trajeron al hospital. “Te desmayaste, y una vez aquí te movías y gritabas en sueños; los doctores nos explicaron que estabas teniendo alucinaciones como posible efecto secundario del veneno”. Me miró preocupado: “Por suerte no eres alérgica, no sé lo que le habríamos dicho a tus padres”. “Sí”, contesté.

Cerré los ojos y me estremecí, asimilando que pude haber muerto.

